Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia

EL ORO DE LOS INDIOS EN LA HISTORIA DE COLOMBIA

LUIS DUQUE GÓMEZ

Colombia ha constituido, desde lejanos tiempos pleistocénicos, un espacio especialmente favorable para el desarrollo de la vida humana, si se le compara con la vasta extensión de tierras inhóspitas que ofrecen otras regiones del trópico suramericano. Fuerzas orogénicas de remotos períodos geológicos, levantaron aquí alargados promontorios cordillerianos, dándole al paisaje notable variedad fisiográfica y produciendo la formación de anchurosos y fértiles valles longitudinales, suaves e inclinadas vertientes y cañones por donde corren torrentosos ríos, que arrastran ricas arenas auríferas, desprendidas de los dorados filones que afloran o se profundizan en los estratos de sus formaciones. Este levantamiento de los relieves andinos alivia considerablemente la desventaja de los climas de la baja latitud, puesto que ofrece una rápida sucesión de los diferentes pisos térmicos, al tiempo que determina el pluralismo de la fauna y una variedad extraordinaria de las familias y especies de la flora.

Pueblos de distintos confines del continente arribaron a nuestros litorales y remontando los cursos fluviales penetraron hasta la "tierra adentro", para ascender por las vertientes hasta alcanzar las partes altas de las cordilleras, en una época en que la arqueología, apoyándose en los más modernos métodos de datación cronológica, sitúa ya en cerca de doce mil años antes del presente. A todo lo largo de su prolongado recorrido, fueron estableciendo sus estancias, disputándose violentamente el dominio de las distintas y numerosas unidades espaciales en que está dividido el territorio, formando así un verdadero mosaico de pueblos y de culturas, que los estudiosos etnohistóricos y arqueológicos han ido identificando y afiliando a los grandes troncos etnolingüísticos, que en tiempos todavía no bien determinados, se dispersaron a lo largo de las dilatadas comarcas del nuevo continente.

Este espléndido escenario natural, formado por el agreste perfil de los riscos del cretáceo, las cúspides de nevados y de volcanes en actividad, los meandros de los ríos, los páramos solitarios y la borrasca de sus ventiscas, la oquedad de numerosos abrigos rocosos y cavernas,

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.

estimuló la mentalidad mágicorreligiosa de los nativos y su imaginación echó a volar por el entorno de esta naturaleza pródiga y majestuosa. El cielo que los cobijaba se pobló de símbolos y los accidentes geográficos adquirieron gran significación en relación con los astros y en general en sus mitos y creencias. De este proceso de sacralización, surgió su cosmogonía, que orientó la práctica de sus rituales y que trascendió hasta sus mismas expresiones artísticas. La orfebrería, el arte lapidario, los productos alfareros, llevan implícito este mensaje religioso, de gran significación en el destino futuro de la comunidad. El sol, la luna, las estrellas, las lluvias, las tempestades, la oscuridad de la noche, el despuntar del día, los eclipses, fueron para ellos, como lo son todavía para los grupos indígenas supérstites de varias regiones de Colombia y América, fuerzas y fenómenos desatados por seres misteriosos, cuyos efectos promisorios o secuelas maléficas, sólo es posible propiciar o conjurar con el recurso mágico de los rituales.

Aquí, en este deslumbrante museo, deslumbrante por su riqueza material y por la alta significación de los testimonios que muestra el esplendor que alcanzaron en sus artesanías los pueblos de preconquista que habitaron nuestro territorio, aquí, decimos, están, suspendidas en el tiempo, las imágenes de su mundo esotérico, plasmadas en acabadas formas, muchas de las cuales son también afortunadas realizaciones artísticas, que producen emoción estética, por el manejo armónico de los elementos que las integran y por el refinamiento de sus técnicas decorativas. La representación en miniatura de una balsa ceremonial, nos recuerda el rito del "hombre dorado", que se cumplía en las lagunas de las partes altas de la cordillera, envueltas casi siempre en la espesa bruma de las vecindades paramunas, y en donde, como en las misteriosas y legendarias comarcas del oriente asiático, la mentalidad mágica de los naturales ubicó el ámbito predilecto de las deidades de la tribu, la fuente de las simientes de las plantas útiles, los caminos de los ancestros míticos, que transitaban incesantemente los cursos altos de los grandes ríos que allí nacen y se desprenden por las faldas de las serranías.

De la laguna de Iguaque emerge –según la mitología muisca–, la madre de la humanidad, Bachué, llevando de la mano al adolescente con el que más tarde llegaría a desposarse, y uno y otro regresan al fondo de sus frígidas linfas, después de poblar con numerosa descendencia las fértiles tierras de los altiplanos. Guatavita, Siecha, Fúquene, Tota, Chisacá, son los topónimos vernáculos de estos santuarios, en donde se cumplían periódicamente grandes ceremonias, que describen en detalle don Juan de Castellanos, don Lucas Fernández de Piedrahíta, don Juan Rodríguez Freile, fray Alonso Zamora y otros connotados cronistas de la

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.

Conquista y la Colonia. Jeques y caciques llegaban en anchurosas balsas hasta el centro de sus aguas y arrojaban ricas ofrendas de oro y esmeraldas, como tributo debido a los seres mitológicos que moraban en sus profundidades, en tanto que la algarabía de abigarradas muchedumbres se congregaba en sus contornos, semicubiertas éstas por el humo de numerosas fogatas, danzando al son de caramillos y de otros instrumentos musicales, todo lo cual daba a estas celebraciones una solemnidad casi apoteósica.

Tales festividades ocupaban un lugar de señalada importancia en su calendario ritual, vinculado a la iniciación del mandato de los nuevos zipas y al comienzo de los ciclos de la siembra o la cosecha y del tiempo favorable para intensificar las actividades de la caza y de las pesquerías.

Difícil, muy difícil fue para los emisarios de la nueva fe, erradicar la celebración de estos ritualismos, anclados en viejas tradiciones y estrechamente relacionados con los medios de subsistencia de las tribus. Esto explica el hecho de que todavía a mediados del siglo XVI, cuando ya las huestes de Quesada se habían enseñoreado en la Sabana y los indios habían sido repartidos entre los capitanes españoles –súbitamente convertidos en encomenderos–, y cuando las tareas de la nueva catequesis levantaban los muros de capillas doctrineras, iglesias y conventos, el fervor soterrado de los naturales seguía consagrando sus piadosas mandas en los cerros solitarios, en cuevas, en lagunas, esta vez para pedir el alivio de las persecuciones desatadas contra sus viejas creencias y de las pesadas cargas impuestas por los nuevos amos.

Existen testimonios históricos de las redadas practicadas en la Sabana contra los jeques o sacerdotes muiscas en la última década del siglo XVI, casi cincuenta años después de fundada Santa Fe, en una sola de las cuales se detuvo a un centenar de estos personajes, que estaban, como antaño, en pleno ejercicio de su misión sacerdotal en casi todos los poblados y aldeas aborígenes, en número que superaba a los miembros del clero regular llegado entonces para cumplir el mandato piadoso de los reyes de Castilla. Tomás López Medel, "Doctor en Derecho y Cánones", oidor que fuera de la Real Audiencia de Santa Fe desde 1557 hasta 1561, refiriéndose a estas prácticas, escribe lo siguiente, en su curiosa obra intitulada *Tratado de los tres elementos:* "En el Nuevo Reino de Granada hay algunas lagunas y muy hondables. Las más nombradas son la de Sogamoso (se refiere a la laguna de Tota) ...y la de Guatativa, y éstas y las demás tienen fama de mucho oro, porque los indios naturales de por allí en su gentilidad y aun ahora (los que no son cristianos) hacían y hacen grandes ofrendas de oro a sus ídolos y falsos dioses, y el ofreci–

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia

miento se hace en aquellas lagunas por tenerlas consagradas y dedicadas a sus ídolos. Y es cosa de ver cuán fatigado y desventurado anda uno de aquellos indios, desnudo y hambriento y lleno de codicia tras un poco de oro, no para remediar sus necesidades sino para en habiéndolo, ofrecerlo a su ídolo en una laguna de aquellas, en la parte donde él tiene puesta la devoción, o por mejor decir su falsa religión y abominable superstición"[1].

1. Tomás López Medel. *Tratado de los tres elementos,* en *Revista Cespedesia,* Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas. Cali, 1982, pág. 234.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia

Aquí pueden admirarse, también, numerosos objetos en los que figuran personajes disfrazados con máscaras, quizás de danzantes, que al ritmo del sonido de las maracas y con el tintineo de cuentas y de cascabeles ceñidos en los brazos y en las piernas, pedían la intercesión de los dioses familiares para asegurar el éxito de las jornadas de cacería, el conjuro de las pestes y la buena suerte en el frecuente y peligroso compromiso de las acciones guerreras contra los grupos enemigos. Aquí las múltiples figuras de la rana y la serpiente, cuyo vientre se costreñía, como lo hacen todavía los pueblos amazónicos, en ritos propiciatorios de la lluvia fecundante en prolongados veranos y sequías. Aquí, en fin, el fabuloso atuendo funerario, depositado al lado de los restos mortales de los dignatarios de la tribu, en tumbas profundas o en suntuosos hipogeos, para asegurar su bienandanza a lo largo del torturoso camino de ultratumba.

Todo este mundo de exóticas leyendas y de creencias mágicas, no obstante el esfuerzo de los nativos para lograr su supervivencia, empieza a derrumbarse implacablemente con la llegada de los peninsulares ante el desconcierto de sus gentes, que contemplan entonces, impotentes, la ruina y el rescoldo de sus grandes y pajizos templos, la tortura y sacrificio de sus jefes, la servidumbre impuesta a la comunidad, todo ello como anuncio de una tragedia casi apocalíptica. También el oro trae ya otro mensaje en la mente y en la ambición de los recién llegados: lo anhelan y persiguen como riqueza material que recompense los peligros y penalidades de la travesía de mares tormentosos y las sorpresivas dificultades del arduo y desconocido trópico americano. Así, pasada apenas la emoción de la portentosa hazaña del Descubrimiento, Colón se interna en las tierras antillanas, en 1493, en la búsqueda afanosa de los tesoros de la supuesta Cipango, con resultados que frustran la ilusión de la corona y desconciertan a los empresarios que habían respaldado con ingentes sumas su temeraria travesía.

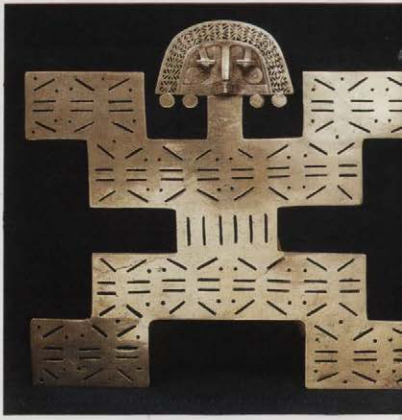
Balboa recorre, sin tregua, desde 1510, las comarcas de Urabá y Darién, en pos de las ponderadas minas de oro de los indios, hasta encontrarse con las tranquilas aguas de la Mar del Sur. El cadalzo que troncha intempestiva y cruelmente su existencia promisoria, se alza, por vez primera, inclemente y arbitrario, en las playas de la Tierra Firme. Y éste seguirá rondando como sino fatal entre los nuevos colonos, en tanto que la reacción de los nativos contra la violencia conquistadora, y la agresión climática, arruinan por completo la lujosa armada enviada por el rey Fernando, al mando de Pedrarias, el primero y más serio intento colonizador de España en la América continental.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia

Bastidas apenas sí tiene tiempo de desembarcar en la hermosa bahía de Santa Marta, en 1552, para escalar, casi inmediatamente, los inclinados escarpes de la Sierra y arrancar del cuerpo de los taironas la deslumbrante joyería que vestían, no por boato, sino como talismán que los protegía de los enemigos ocultos e insospechados. El fruto infortunado de su ambicioso afán, lo encontraría en la envidia y deslealtad de varios de sus compañeros, que terminaron por blandir en contra suya los puñales asesinos.

Heredia emprende, a partir de 1533, la fundación de Cartagena y la intensa exhumación de las suntuosas tumbas de los tres zenúes, con halagadores resultados, pero corre a la postre con la afrenta pública de soportar por largos días el grillete que le ciñera un juez de residencia, por dolosa ocultación de buena parte de tales desentierros.

Más de veinte años atrás, el primer descubridor de nuestras costas, compañero que fuera de Colón en su segundo viaje, Alonso de Ojeda, había estado a punto de perder la vida, al ser atravesado por la flecha envenenada del feroz turbaco, que le impedía el acceso a la riqueza aurífera de las tierras del Sinú; escapado milagrosamente, tuvo sin embargo la tristeza de ver caer en el sangriento encuentro al valiente



Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Vizcaíno, hábil piloto y consumado cosmógrafo y cartógrafo, cuando éste terminaba apenas de trazar el perfil aproximado de nuestros litorales.

Lo que ocurrió en las costas, se repite en la arriesgada empresa de la conquista del interior continental. Su itinerario forja una historia igualmente tormentosa, llena de sobresaltos y de dificultades, que sólo vencen la misión de la Cruz y la esperanza de llegar hasta las explotaciones mineras de los naturales, en la medida que se arranca a éstos el secreto de la ubicación de sus yacimientos. Este poderoso estímulo derrota la desesperada resistencia de las tribus y avanza el nuevo poblamiento hasta llegar a los más apartados rincones de nuestro mundo andino. La rosa de los vientos que lo orienta, apunta justamente hacia las ricas minas de aluvión o hacia la veta oculta de la montaña que guarda el oro, la sal, el cobre y el verde de las esmeraldas.

Con tal deterioro y desconcierto en los establecimientos de los naturales, su población se diezmó alarmantemente en poco tiempo: lo que antes fueran campos cultivados que rodeaban numerosos y pintorescos bohíos, se convirtió, en muchas regiones, en erial que denunciaba la arrasante violencia y la crueldad de la conquista. Lo sucedido aquí y en otras provincias del Nuevo Mundo, provocó la encendida y airada protesta de Las Casas, cuyo extenso memorial de agravios, que el dominico intituló, desafiante, "Destrucción de las Indias", obliga a la corona a abogar por un mejor trato con los naturales y a intentar un cambio en el sistema de explotación de las colonias. Con la expedición de las llamadas "nuevas leyes" ya no se echará impunemente a los nativos a los profundos socavones de las minas, ni se cargarán sus curtidas espaldas con los pesados fardos, por caminos largos e intransitables. Pero se acentúa, en cambio, la monstruosa injusticia contra los grupos de color y con ello la vergüenza histórica de la denigrante esclavitud, que entonces explotaban despiadadamente Portugal y otras naciones. Empero, España sale absuelta frente a la tragedia indígena, por la cristiana intención de sus monarcas, manifiesta en millares de reales cédulas, entre las cuales se interpone, sin embargo, el anchuroso mar que dificulta su adecuada vigencia y cumplimiento.

Bajo la égida de Carlos V, se afianzaron los polos de explotación minera en el territorio del Nuevo Reino de Granada y en sus provincias aledañas, siguiendo la ruta de las zonas donde los indios lograban su adecuado beneficio: Pasto, en los ubérrimos campos quillacingas; Popayán, en los contornos del valle de Pubén; Cali, asentada en los dominios de liles y gorrones; Cartago (hoy Pereira), en el centro de las tierras de los consumados orfebres quindios y quimbayas; Anserma, en

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia

las faldas que caen sobre Umbría, Santa Fe de Antioquia, en las orillas del Tonusco, no lejos de las doradas vetas del cerro de Buriticá; Pamplona, en agreste recodo de la cordillera Oriental; en fin, Santa Fe de Bogotá, en los dominios del imperio de los muiscas, desde donde partieron, colmados de esperanzas, capitanes y soldados españoles a descubrir las minas de esmeraldas del señor de Somondoco, a donde llegaron después de ver arder, a su despecho, el espacioso templo y con él todas las riquezas que guardaba con devoción y con respeto en homenaje al sol el venerado Sugamuxi.

Descolgándose luego por el versante escarpado de la montaña, hacia las ilímites llanuras orientales se empeñaron en la delirante búsqueda del imaginario "Dorado", que aniquiló huestes enteras de sufridos indios, antes de que lograsen salir, al fin, al campo yermo y casi desolado, que el capitán Jiménez de Quesada, después de tan duras experiencias, denominara con razón "Valle de las tristezas". Una vez más, el sino del infortunio –y casi pudiéramos decir que vengativo– que traía para los colonos europeos el oro de los indios, seguía rondando en el ámbito de buena parte de los territorios conquistados, provocando rencillas, ocasionando largos y ruidosos pleitos, sembrando los mares de piratas y corsarios y empobreciendo paradójicamente a la metrópoli, cuando no sumergiendo la anhelada remesa, después de desastrosos naufragios, en las profundidades del Caribe, desde donde alienta todavía la ilusión, quizás quimérica, de su rescate.

López Medel, el escritor de mediados del siglo XVI antes citado, al registrar en forma crítica la ocurrencia de hechos y de situaciones durante el tiempo de su gestión como oidor, nos pinta así, con colores sombríos, el espejismo de la supuesta prosperidad de la Península con el oro y las demás riquezas llevadas desde las distintas colonias del Nuevo Mundo:

> *"Todo el oro y plata de las muchas riquezas públicas y privadas que de las Indias para acá se han traído, todas o las más han habido sucesos no prósperos, y se han acabado y desvanecido como humo. Y sino, pregunto, de cuatroscientos millones que se hallan ...transportados ...qué se ha(n) hecho? Dónde está(n) o qué mayorazgos vemos en España de este dinero hechos y establecidos? O qué tan más adelante está el reino y la república de España con tántas riquezas?*
>
> *"Todo es deshecho como hacienda de duende, porque hallaremos que por justos y secretos juicios de Dios, mucho de ello se ahogó en el mar ...y parte robaron y se llevaron los piratas y corsarios ...y lo que en salvamento escapó, en juego o en otros malos usos se gastó, e por otros muchos caminos se deshizo, de manera que podemos estar ciertos que no llegará a tercero heredero, conforme*

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia.

a la sentencia divina, porque todo es sangre de indios y sudor ajeno y con guerras injustas e crueles habido y ganado, por medios tan ilícitos e inhumanos, que aun los gentiles y paganos lo juzgaron siempre por malos" [2].

Las adversas circunstancias y el cúmulo de peripecias, no desalientan sin embargo la tozuda ambición de los iberos. La riqueza minera de los indios sigue explotándose durante centurias, en un proceso lleno de riesgos, de sorpresas, de contradicciones, en el que alternan la esperanza de los éxitos iniciales y el desencanto final de ruinosos resultados, que consumen grandes caudales del fisco y frustran el esfuerzo de numerosas empresas particulares. Es la melancólica impresión que deja la lectura de los informes de los mandatarios de turno, en los que se encuentran interesantes observaciones económicas, algunas de las cuales tendrían validez en los tiempos actuales. En la relación de mando escrita para su sucesor por el virrey Guirior, año de 1770, es decir, en las postrimerías de los tiempos coloniales, se habla todavía de los problemas surgidos por el mal manejo de las reservas de oro, que ocasionaban el desequilibrio de lo que podríamos llamar la balanza de pagos de la época:

"En este principio –escribe el virrey– estriba la decadencia del Reino: no dando frutos en cambio de lo que recibe por su consumo, es preciso que el poco oro que se extrae de sus minas jamás permanezca en el Virreinato para darle vigor, sino que brevemente, y casi sin la menor circulación, salga a la costa a pagar los efectos y géneros de Europa, que entran en mayor proporción de la que permiten sus facultades, ocasionándose dos perjuicios: uno al comercio de Cádiz y particulares, que no pudiendo expender lo mucho que traen, se ven precisados a darlo con pérdida ó al fiado, quebrando después por no poder cobrar; y otro, al común, que no sólo por lo barato suele comprar lo que no necesita, introduciéndose un lujo perjudicial, sino que cada registro es una real barredera que deja exhausto de dinero al Reino, sin fuerzas para promover la menor empresa, e impotentes a los particulares para adelantar en sus haciendas ó negociaciones" [3].

Colombia tiene, pues, una larga tradición de pueblo minero, que se remonta hasta la alta antigüedad aborigen y que llega hasta nuestros días. Está bien que el Banco de la República se haya comprometido en la laudable empresa de cultura del Museo del Oro, en la que se consagra un emocionado recuerdo a estos admirables orfebres, que inspirados en el mundo de las complejas creencias de las tribus, transformaron el oro en símbolos que evitaron su envilecimiento. Los lugares y zonas donde se cumplían su explotación y beneficio, se transformaron, con la llegada de los españoles, en la base de los nuevos establecimientos, los cuales

2. Tomás López Medel. *Op. cit.*, pág. 374.

3. *Relaciones de Mando*. Biblioteca de Historia Nacional, volumen VIII, págs. 143-144.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

tienen, por lo tanto, gran significación en la historia económica y social de los tiempos coloniales.

Pero este admirable museo, cuya fama alcanza ya al mundo entero, es algo más que la exposición de deslumbrantes tesoros del pasado. Sus colecciones se han convertido en objeto de investigación. En torno a ellas se congrega el interés de muchas gentes estudiosas, para analizar científicamente los diferentes métodos metalúrgicos empleados por los artífices indios, la integración de estas manifestaciones en el ámbito de las diferentes culturas y sus recíprocas asociaciones, su cronología. Este esfuerzo nos brinda ya la explicación técnica de lo que antes se juzgaba como alquimia misteriosa, casi fáustica, aprendida en la bruma de lejanos tiempos prehistóricos.

Ahora sabemos cómo lograban rebajar el punto de fusión en cerca de doscientos grados, mezclando el oro con el cobre en distintas proporciones; la ingeniosa combinación fisicoquímica, que les permitía obtener hermosas formas decorativas, mediante el proceso de la granulación o soldadura por fusión; el no menos sorprendente método del vaciado a la cera perdida, que al romper la tosca envoltura de arcilla revela espectacularmente las áureas figuras; el calibre casi milimétrico de las láminas martilladas en recios yunques de duras y pulidas piedras; la mezcla de los cloruros de la sal con la sílice de la arcilla, para endulzar el llamado "oro viche", al lograr volatizar sus metaloides; el lustre dado con sumo de las plantas oxálicas, que eleva en apariencia la ley de la tumbaga, en fin, la riqueza decorativa de los distintos tonos de la oxidación en las figuras cobrizas; el engarce y el ensamble.

Los investigadores del museo han continuado así la laboriosa tarea que desde mediados del siglo XIX y primeras décadas del presente emprendieran Ezequiel Uricochea, Liborio Zerda, Vicente y Ernesto Restrepo, Rivet, Arsandaux, Pérez de Barradas, Hernández de Alba, Bergsöe y tantos otros que revelaron al mundo científico el alto significado de esta herencia de nuestro pasado aborigen. Queda empero una ardua labor por adelantar, apenas sí iniciada, la interpretación del mensaje de los símbolos de las distintas representaciones, que nos permita acercarnos al intrincado mundo de su magia y de su religión.

El Museo del Oro enaltece aun más la gran tarea cultural que cumple el Banco de la República y estimula en forma halagadora el estudio científico de la tradición precolombina. Con tan fecundas realizaciones, que es el afortunado balance de su medio siglo de existencia, merece el reconocimiento de la nación y en especial de la comunidad antropológica de Colombia.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia